

OPTANTES

In Luce Et Veritate



*Somos más.
Somos al no ser.*



No cristiana por def

S

Simone Weil fue una mujer nacida en París, Francia el 3 de febrero de 1909. Muere el 24 de agosto de 1943 a causa de un paro cardíaco provocado por la tuberculosis que padecía, pero su estado se había agravado por su negativa a comer. Esta mujer que en diferentes momentos de su vida había tomado diversas acciones como solidaridad con todas las personas que sufrían en aquel momento las atrocidades realizadas por los Nazis, en sus últimos días lleva al extremo su decisión de no comer.

Weil muere un 24 de agosto, el día de San Bartolomé, uno de los apóstoles de Jesús, que se con-

fecto o exceso, pero mística a la final

virtió en mártir al ser desollado vivo (le quitaron la piel). Esta mujer, que por esta misma solidaridad y compasión con la humanidad no se adhiere a ninguna religión o institución religiosa, tal vez comparte con este santo apóstol no solo la coherencia de vida, a la cual nos invita Cristo, sino el sufrimiento al extremo hasta el momento de su muerte.

No obstante, su vida es signo de sensibilidad, compasión, acción y contemplación. En últimas, de misticismo. De disposición y apertura a la gracia. La cual conoció, aprehendió y en la cual confió cada vez más a lo largo de su vida. Aquí habría que recordar tal vez el momento de su conversión. O sus tres momentos, mejor.

En 1937, cuando sufría fuertes dolores de cabeza adicionales a su cansancio por trabajar en la industria fabril, por solidaridad también, vive un momento de contemplación en la pequeña capilla románica del siglo XII de Santa Maria degli Angeli, lugar en el cual frecuentemente rezó San Francisco de Asís. Como ella misma lo contó: “algo más fuerte que yo me obligó, por primera vez en mi vida, a ponerme de rodillas”.

Tiempo después, vive otro momento de belleza contemplativa en la Basílica de San Francisco de Asís con la imagen del fundador de los franciscanos y los frescos de Giotto en este lugar.

Su tercer momento, y fuerte, ocurrió en 1938 en Francia en el Monasterio de Solesmes donde pasó semana santa con su madre. Con sus fuertes dolores de cabeza lee la poesía “Amor” de George Herbert, un autor inglés del siglo XVII. En medio de sus repeticiones y en un momento álgido del dolor de cabeza Simone siente, como ella misma lo cuenta en su autobiografía espiritual, que



Monasterio de Solesmes

Cristo mismo descendió y tomó posesión de mí... ni mis sentidos ni mi imaginación tuvieron parte alguna; solo sentí en medio de mi sufrimiento la presencia de un amor, como el que se puede leer en la sonrisa de un rostro amado.

Junto a este poema hay que contar que Weil apreció la belleza y su espíritu se elevó con los cantos gregorianos de la abadía benedictina. Encantada por la belleza de estos, entra en contemplación de quien es la belleza misma: Dios.

Simone en plena segunda guerra mundial, por su solidaridad y compasión, quiere irse a la primera línea con un cuerpo de enfermeras, grupo que es una propuesta suya, para atender a los soldados heridos en el frente de batalla. Y, además, cambiar el odio por la compasión.

Esta mujer, sin duda alguna, encarnó y vivió la idea cristiana de persona, tomista por cierto y por recordar a un hermano dominico grande de nuestra Orden de Predicadores, de la unidad del alma y cuerpo. En ella estas dos partes eran una sola. Esta unidad se puede apreciar en su coherencia de vida, en su querer, en su acción, en su desesperación, en su sufrimiento, en sus días de trabajo en una fábrica solo para ver y vivir ella misma, así como ayudar, una vida igual que la de la mayoría de personas en el mundo. Esta unidad incluso en su muerte.

Eso que hizo tan parte de ella, de lo que fue. También es posible verlo en su escrito de *Hechar raíces*. ¿Qué es? La unidad entre la idea de justicia y la vida real, entre lo metafísico y lo materialista.

En su obra de *Gravedad y gracia*, Weil habla de la descreación, de la desaparición. Y, con esto, quisiera terminar estas cortas palabras.

Ella habla de que debemos de descrearnos y para hacerlo es preciso que nosotros desaparezcamos de nosotros mismos. En palabras de Eckhart, y aquí esto es muy mío, sería el deshacernos, el vaciarnos. Y ella habla también del vacío, del desapego. ¿Para qué? Para llenarnos de Dios, para Ser.

Solo cuando nosotros nos vaciamos de nosotros mismos. Y en nosotros solo queda el vacío, en el cual es posible que este Dios. Y, por ello, sea Él en nosotros como un acto de la vida misma que nos posibilita ser en Dios y como realización de aquello que debe ser hecho por cada ser humano. Por ello, Weil dice en esta obra: “La obediencia es la virtud suprema” Entonces, seremos y sere-mos en Dios.

Y, lo mejor de todo: sin perder identidad. Somos más. Somos al no ser.

Por esto y mucho más, podemos decir que Simone Weil es una mística que goza de Dios, aunque no se hiciera cristiana por solidaridad con los que están fuera de la fe. Y como ella misma le dijo al padre Joseph-Marie Perrin que tanto le insistió en bautizarse:



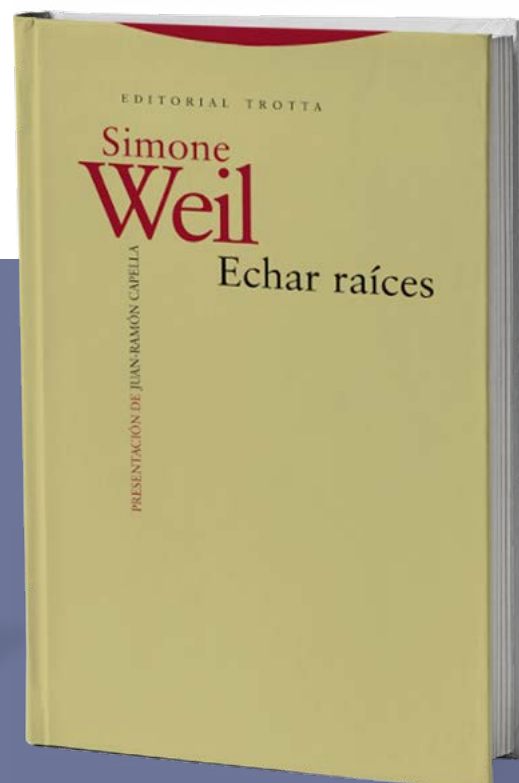
“En este momento estaría más dispuesta a morir por la Iglesia, si algún día hubiera necesidad de morir por ella, que a entrar en ella”.

Aquí deseo recordar las palabras de Santa Catalina de Siena que dicen:

¡Oh Trinidad! ¡Eterna Trinidad!
¡Oh Fuego, oh abismo de amor!
¡Llama de amor! ¿No bastaba
habernos creado a vuestra
imagen y semejanza, habernos
hecho renacer a la gracia en la
sangre de vuestro Hijo? ¡Faltaba
todavía darnos toda la Trinidad en
alimento! Es vuestro amor quien lo
ha querido. ¡Oh Trinidad
eterna! No solamente habéis dado
vuestro Verbo en la Redención
y en la Eucaristía, sino que os
habéis querido dar todo entero
por amor a vuestra criatura.
Sí, el alma os posee porque
sois la Bondad suprema.
Santa Catalina de Siena

Las de Santa Gertrudis:

¡Qué inefable es esta unión!
Qué superior a cualquier otro
modo de vivir es esta íntima
familiaridad con vos. ¡Qué
embriagador es vuestro perfume!
¡Qué delicia respirar la paz divina,
la misericordia generosa que
hay en vos! Vos sois el rico y el
superabundante tesoro de las
más diversas consolaciones.
Santa Gertrudis





Y, por último, las del famoso soneto a Cristo crucificado de autoría desconocida:

No me mueve, mi Dios,
para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor,
muéveme el verte
clavado en una cruz
y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo
tan herido,
muévenme tus afrentas
y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor,
y en tal manera,
que, aunque no hubiera cielo,
yo te amara,
y aunque no hubiera infierno,
te temiera.

No me tienes que dar
porque te quiera,
pues, aunque lo que espero
no esperara,
lo mismo que te quiero
te quisiera.

Autor desconocido del Siglo XVI



*Fray Jailer Andrés
Manzano Camacho, O.P.*